

Las consecuencias de la educación “a demanda”

J. Burrueco Arjona

Psicóloga clínica. Equipo de Salud Mental Infantojuvenil.

Centro de Salud Mental de Fuenlabrada, Madrid.

Rev Pediatr Aten Primaria. 2007;9:291-9

Resumen

Lo social atraviesa todas las áreas de nuestra vida. Hoy día no podemos entender la realidad psíquica del niño y el adolescente sin leer, de forma crítica, las pautas de crianza que se han ido estableciendo.

Tras una experiencia profesional de más de 20 años, se reflexiona sobre los comportamientos sociales, familiares e individuales y se hace crítica de la educación “a demanda” desde el primer vínculo madre-bebé. Incluso la lactancia materna necesita de un tiempo y un límite para que lo que es imprescindible para un buen desarrollo físico y psíquico no se malogre por falta de límites. Madurar significa hacer microduelos, dejar lo conseguido y pasar a afrontar los retos de una nueva etapa. En la clínica y en lo social vemos cómo permanecer un tiempo de más en cada etapa provoca un infantilismo y una inmadurez muy perniciosos para el individuo y su entorno.

Palabras clave: Autoridad, Infancia, Familia, Educación, Salud mental.

Abstract

The unique way of understanding the psychical reality of children and adolescents today is analyzing the established education rules in a critical manner.

After more than 20 years of professional experience, we make considerations about social behaviours, in family and individually, making a critic of the education “on demand” since the first bond mother-baby. Even mother breastfeeding needs a time and a limit, so that what is necessary to achieve a good physic-psychic development will not be wasted due to a lack of limits. Maturing means to experiment micro-mourning, to leave back what you have achieved and go ahead to confront the new challenges of a new period of time. In the clinic and in social life we can see how staying too long in a period causes childishness and immaturity, what is very dangerous for the individual and his environment.

Key words: Authority, Childhood, Family, Education, Mental health.

Presentación de la problemática

Lo que hoy quiero plantear surge de la profesión que desempeño: psicóloga

clínica; del lugar en el que la desarrollo: en el equipo infantojuvenil del centro de salud mental de Fuenlabrada (Madrid),

La autora declara no presentar conflictos de intereses en relación con la preparación y publicación de este artículo.

y del tiempo que llevo dedicándome y reflexionando sobre ello: 20 años.

Hace más de 10 años que nos dimos cuenta de que las derivaciones que recibíamos de pediatras, otros médicos y profesores tenían mucho que ver con las dificultades para criar y que las "pautas" de crianza estaban convirtiéndose en "conflictos" con la crianza. Nuestra reacción fue empezar a trabajar con grupos de madres, de pediatras y otros médicos para explicar la importancia de que establecer un buen vínculo afectivo con los bebés y los niños no tenía que ir en detrimento de ir implantando unas buenas pautas de crianza desde el nacimiento. Y nos encontramos con una dificultad no prevista: estas pautas para un buen desarrollo físico-psíquico se percibían como "antiguas", "rígidas", "severas"; las palabras "pautas", "límites" y "autoridad" eran socialmente incorrectas. Ya entonces nos preguntábamos: ¿qué va a ocurrir en el futuro con esta forma de educar?

Si para algo sirve la sociedad mediática en la que vivimos es para darnos cuenta de que llevamos unos años en los que no pasa un día sin que salga una noticia sobre la agresividad en todos los ámbitos sociales.

- Noticias sobre profesores que se sienten maltratados por alumnos y que no pueden realizar su función

docente con normalidad (un 72% de los profesores de Madrid corre el riesgo de padecer depresión según lo publicado en El País el 29/01/2006).

- Sucesos en los que no se podía ya mirar a otro lado sobre los malos tratos entre compañeros, dentro y fuera de las aulas. Se piden cada vez más programas de mediación escolar y han aumentado las peticiones de mayor vigilancia policial, dentro y fuera de los institutos.
- Muchos padres sienten que hay una gran agresividad en sus casas; la Fiscalía del Menor está llena de casos en los que los progenitores dicen "no puedo con él/ella". Incluso empiezan a denunciarse los malos tratos a los ancianos.
- No podemos olvidar los casos de violencia doméstica, con resultado de muerte de muchas mujeres y niños, y la sorpresa de que para un tanto por ciento elevado de adolescentes los celos o un trato vejatorio pueden ser síntoma de amor.
- Los adolescentes sufren a las pandillas que agreden, roban, atemorizan nada más que por el placer de sentirse más fuertes..., por cierto que entre ellos y para suavizar su miedo, los llaman "malotes",

como si quisieran autoconvencerse de que no son como parecen; incluso gozan de un cierto prestigio ambiental.

- Han aumentado los casos de fracaso escolar, hiperactividad, trastornos de la alimentación-obesidad, anorexia y bulimia, trastornos de conducta, agresiones sexuales, embarazos no deseados, abortos en la adolescencia y consumo de drogas legales e ilegales (aunque se supone que tanto en el tema de la sexualidad como en el de las drogas hay mucha más información).

Resumiendo: ha aumentado la agresividad individual, social, escolar, sexual y mediática; recordemos que se han tenido que revisar los contenidos de la televisión en horario infantil y que a lo que más juegan los niños y adolescentes es a videojuegos violentos sin que los padres, en muchas ocasiones, sepan de qué va ese juego.

Ante esta situación los mismos medios, avalados por voces de todos los sectores, hacen el diagnóstico de por qué ocurre todo esto y se empieza a hablar de falta de autoridad, de límites mal puestos, de falta de educación cívica, de falta de respeto, de la confusión entre derechos y deberes y de la falta de valores.

De repente, nos damos cuenta de que palabras como respeto, amabilidad, cortesía, generosidad, solidaridad, o acciones como ceder el asiento, saludar, ceder el paso como peatón o conductor, dar las gracias, pedir por favor o hablar de usted no son sinónimos de buena educación, de tener interiorizados los conceptos de buena convivencia, sino de falta de fuerza, de sometimiento, de ser un "pringao", de "no ser nadie". Se le echa la culpa a "la sociedad", como si fuese un ente autónomo donde los individuos y las instituciones no pudieran ejercer sus funciones y su control.

En las consultas de salud mental nos encontramos con el principio y fin de este fallo en la educación, de la falta de límites en todos los sentidos, de esta agresividad; ahora vemos lo que ya suponíamos hace 10 años.

Un gran número de derivaciones desde Atención Primaria tienen que ver, por un lado, con la dificultad de los padres para educar, para criar, son problemas de alimentación, de sueño, de control de esfínteres, rabiets, niños agresores o niños agredidos, con dificultad para jugar solos, con adicción a la *play*, a Internet, a la televisión, al móvil... que cada vez comienzan antes a consumir tabaco, porros, alcohol, que no admiten horarios ni reglas. En el otro

extremo son consultas devenidas por la dificultad que tienen los adolescentes para crecer, para madurar, son chicos sin interés por lo escolar, con miedo a empezar el instituto, no pueden mantener las clases con normalidad, con dificultad para integrarse en los grupos, para tener amigos, para salir de casa...

¿Qué ha ocurrido para que esto suceda en este momento social, cuando se ha intentado educar en la flexibilidad, en la libertad, cuando las casas son muy cómodas, la alimentación puede ser abundante y sana, se tienen juguetes fantásticos, acceso a la educación, a la salud, al ocio, a la información sexual, cuando los chicos reconocen tener una gran confianza con los padres y que donde mejor viven es en la casa familiar? ¿Qué está fallando?, o, más bien, ¿en qué estamos fallando los adultos y las redes sociales?

Análisis de la situación

La respuesta no es simple; nunca lo es cuando se analizan fenómenos complejos, pero veamos algunas cosas que están colaborando a este desconcierto y descontrol social.

En primer lugar, existe una confusión en los adultos entre autoridad y autoritarismo, una confusión entre tolerancia y tolerar. Tolerar significa sufrir, aguan-

tar, soportar, muy alejada de lo que significa tolerancia: respeto, consideración. Ahora "se tolera mucho" y, sin embargo, hay muy poca tolerancia. Ejemplo de tolerar en exceso son las salas de espera o lugares comunes de los centros médicos, los gritos, las carreras, las peleas de niños y progenitores sin que nadie les haga ver que es un centro médico, no un parque; no queremos ser autoritarios y hemos perdido la capacidad de enseñar el más mínimo sentido del respeto.

En segundo lugar, comprobamos que hay una confusión de roles, quién es el padre, el profesor, el médico, el adulto, y quién el niño o el adolescente; no es fácil de aceptar pero todos no somos iguales. ¿Recuerdan cuándo se empezó a tutear a los pacientes como una muestra de igualdad, de acercamiento?

En tercer lugar, vemos que en esta sociedad competitiva y consumista hay poco tiempo para educar y es difícil encajar ese poco tiempo entre las necesidades del niño y las de los padres y no digamos en las consultas médicas, donde hay que discriminar entre mala crianza, problema físico, psicológico o social ¡en menos de cinco minutos!

Cuando preguntamos por la vida diaria nos encontramos con niños que están mucho tiempo solos, sin familiares

adultos a su lado, con muchas actividades extraescolares, sin tiempo para jugar con juguetes y otros niños, con mucho tiempo delante de televisores y ordenadores y sin tiempos familiares compartidos con adultos.

¿Dónde comienzan las dificultades, los desencuentros, las confusiones? Desde el primer mes de vida. La cría humana es la que más necesita de otro humano para sobrevivir y durante más tiempo. Con el vínculo afectivo que se establece entre madre y bebé, el ser humano crece física y psíquicamente, se humaniza. Este vínculo afectivo abraza y abarca todas y cada una de las pautas de crianza que la madre y el padre establecen con su hijo. Sin afecto, ninguna de las pautas que se quieran establecer obtendrán el resultado deseado, pero querer no es malcriar y para educar hay que dar y tener tiempo.

Las pautas de crianza han cambiado, se ha intentado que fuera para mejor y en algunos aspectos así ha sido; sin embargo, nos encontramos con una consigna inquietante que es ampliamente aceptada y reivindicada, a los bebés se los cría "a demanda", una palabra muy de nuestra sociedad que nos remite a lo económico y al consumismo, pero muy negativa para la estructuración del psiquismo, de lo mental.

Se ha enseñado o se ha entendido muy mal, pues lo que era válido para explicar que los bebés no venían con un reloj para que cada tres horas recibieran alimento, es decir, que era bueno que las mamás entendieran que cada bebé tiene unas necesidades individuales, se generalizó y ahora se educa "a demanda", es decir, como los niños quieran. Un paradigma de esto es la alimentación, primero la lactancia materna, prolongada en el tiempo y sin horarios, luego las papillas, purés y los preciados potitos, ¿cuándo es el momento de aprender a comer?

Tenemos niños que siguen mamando, a los dos años y más, "de postre", dicen las madres, que mamen lo que quieran y hasta cuando quieran, se dice desde algunos colectivos..., y a la vez se les pide, a estos mismos niños, que se comporten según su edad biológica. A los niños se les da un doble mensaje, que aprendan lo que les corresponde por su edad y a la vez que sigan siendo bebés; los dobles mensajes son muy perturbadores a cualquier edad y más aún en la primera infancia.

Cuando el niño está preparado para ejercer una habilidad y ésta se retrasa, la maduración psíquica se resiente y ahora tenemos muchos niños y adolescentes inmaduros, infantilizados, con graves

dificultades para seguir avanzando en su proceso de aprendizaje y de maduración; no es difícil de entender que muchos adultos sean "niños grandes" y se comporten como tales.

Y ahora se educa "a demanda": en la alimentación comen lo que quieren, no lo que necesitan, de ahí que se hayan puesto en marcha los desayunos en el cole o las clases de cocina y de aprender a comer, se come a deshora, en sitios que no son apropiados, en muchos casos con la tele, solos o cada uno a una hora, y no lo que se debe sino lo que les gusta, dándoselo las madres o, incluso, tomando el biberón dormidos. Ante el sentimiento profundo de soledad, de incapacidad para soportar ninguna frustración, de pasividad, de dificultad para expresar y compartir sentimientos, la obesidad es inevitable, es el eterno bebé que creyó que todo displacer se resolvía con el alimento, fácilmente conseguido y deglutido.

"A demanda" en el proceso de aprender a dormir: duermen en la cama de los padres, con los hermanos, en el sofá, en el cochecito delante de la tele... Y "a demanda" en los horarios: vemos cada vez a más niños somnolientos por las mañanas, con dificultades para concentrarse, ¿niños hiperactivos o niños hiperexcitados?

Y podríamos continuar con las "demandas", a qué se juega y dónde, si se recogen los juguetes, las ropas, los premios y castigos, tiempos de televisión, de play, ordenador, móvil, tiempos de estudio y de juego, horarios, pagas, motos, coches..., demandas inmediatamente satisfechas que no hacen más felices a los niños y parece que a los padres tampoco por la cantidad de consultas de padres desbordados que recibimos. ¿Por qué se educa "a demanda"?: porque así se evita decir la fatídica palabra "no". La confusión de los padres y los adultos en general es tal que piensan que decir no es ser malos padres. Los padres no pueden aguantar el enfado de los hijos cuando se les niega algo; en general, se les pide permiso para educar.

En las consultas es también difícil decir no a los gritos y mala educación de niños y adultos, a la presión de los padres para ser enviados al especialista, a las bajas, a los medicamentos. ¿Quién tiene la autoridad en las consultas, en los colegios, en las casas? Nos hicimos un lío entre derechos y deberes.

En defensa del buen ejercicio de la autoridad

En el diccionario, una de las definiciones de la autoridad es: "crédito que se le

da a una persona". La crianza es un proceso basado en el vínculo afectivo que se establece con los padres y necesita de un tiempo y un espacio para desarrollarse. Esto es lo que se llama educar: dirigir, encaminar, desarrollar capacidades, enseñar urbanidad, cortesía, valores familiares y para ello se cuenta, además de con el afecto, con una herramienta indispensable, la autoridad, que, bien ejercida, es el crédito que el hijo otorga al que más sabe. Son los padres los que saben cuándo y qué comer, dónde y cuándo hay que dormir, dónde estudiar, qué y cuánto se ve la televisión, se juega a la *play*, se usa el ordenador...; son los padres los que saben cómo cuidar de él para que crezca y madure bien. El ser humano es fundamentalmente social; por ello, es inestimable la ayuda que el niño recibe de otros adultos e instituciones, además de la familiar, para un buen desarrollo biopsicosocial.

Está totalmente demostrado que la falta de autoridad, de contención, provoca frustración y ésta, a su vez, mucha agresividad contra el que no ejerce la autoridad y contra el grupo de alrededor; esto ya lo demostró Kurt Lewin, psicólogo que en los años treinta con varios grupos de niños a los que se les puso una tarea igual y un profesor de características diferentes demostró que

el grupo que más agresividad desarrolló inter pares y contra el didacta fue el que tenía la pauta de *laissez-faire*.

Lo que vemos en las consultas y en la vida cotidiana es que los adultos-padres han perdido todo el crédito, toda la autoridad y los chicos no lo viven como algo positivo, lo perciben como una dejación de funciones y se encuentran perdidos, descolocados, sin nadie que les ponga límites, como abandonados a su suerte, al principio del placer, por otro lado muy presente en nuestra sociedad, en detrimento del principio de realidad; no se le da valor al esfuerzo, no se da tiempo para resolver los contratiempos lógicos del crecimiento, no se les permite enfrentarse al éxito o fracaso de la resolución de tareas; todo lo que suponga frustración, tristeza o aburrimiento tiene que evitarse como sea. La verdad es que muchos adultos tampoco saben enfrentarse a esos sentimientos, sumergidos como estamos en la cultura del placer; a nuestra sociedad ya se la reconoce como individualista, hedonista y narcisista.

Esta confusión, este descoloque de hijos y padres, se traslada al colegio, al instituto y gran parte del profesorado tampoco sabe cómo ejercer su función, su autoridad, cómo tener crédito entre sus alumnos y los padres. En las notas

escolares se ha intentado suavizar el disgusto del fracaso o la dificultad: no hay notas, se pone NM, PA...

Se pide permiso para que los chicos repitan, se ponen los deberes a los padres a la vez que a los niños, no es que los padres estén disponibles para una consulta, para una ayuda, es que son parte totalmente activa en exámenes y deberes. Para evitar conflictos en colegios e institutos se mira hacia otro lado en los primeros conflictos ("son cosas de chicos" o "pasó fuera del colegio"), para muchos profesores dar clase, enseñar a aprender, se ha convertido en "sobrevivir en las aulas", en muchos casos sin reflexionar sobre su propia responsabilidad. La cultura y lo educativo están, tristemente, muy poco valorados.

Hoy, la autoridad y el crédito personal no tienen ningún valor, todos somos iguales, todos tenemos los mismos derechos; se da por supuesto que tener un derecho significa quitárselo a otro o pasar por encima, y, por supuesto, no existe un correlato con la obligación.

Al final, todo el mundo busca una autoridad externa que ordene tanto desorden y se acude al psicólogo, a la policía, al juez..., se tiende a que los conflictos familiares y sociales se resuelvan por medio de instancias externas, que alguien medie en los conflictos y en

los desencuentros; la sociedad se medicaliza y judicializa cada vez más; aunque estas autoridades están también devaluadas y cuestionadas cuando intentan ejercer su función y no se ajustan al deseo de los peticionarios.

Conclusiones

Los niños no se educan solos, ni dándoles todo lo que piden. Necesitan a adultos sólidos de referencia que dediquen un tiempo para enseñar, a ser posible con sus acciones; los chicos aprenden de lo que ven; por ello, es fundamental que la pareja dedique un tiempo a ponerse de acuerdo. Los niños son expertos en escurrirse entre las inconsistencias y desavenencias de los padres y de los adultos en general y eso no los hace más felices sino más desvalidos.

Cuando a los niños y adolescentes se les enseña, no sólo con la palabra sino con los hechos, comienzan a creer, a dar crédito a los adultos y entonces pueden aprender, en la doble dirección, que todos tenemos derechos y obligaciones, que sin esfuerzo no conseguiré lo que deseo, que tengo que dar para recibir, que la cooperación entre los miembros de la familia y el respeto de los padres entre sí son fundamentales para aprender el respeto entre los sexos, que la tolerancia y la empatía son ingre-

dientes indispensables para ser, en el futuro, una buena persona, un buen ciudadano y un buen padre.

Por eso es tan importante que los adultos, profesionales de la salud, mental y física, relacionados con el mundo infantil sepamos dar unas pautas coherentes a los padres que tengan que ver con el principio de que madurar no es educar "a demanda", que sin el "no" es imposible madurar y que no es con el tiempo como se va a madurar sino consiguiendo en cada etapa lo que corres-

ponde aprender. Si pediatras, matronas, enfermeras, médicos de familia, profesores, trabajadores sociales y psicólogos no nos ponemos de acuerdo en lo que significa madurar, parecerá que es algo que depende más de la suerte que de un trabajo que hay que realizar entre todos los que nos movemos en el mundo de la infancia y la adolescencia.

Hay un aforismo africano que resume esta reflexión de forma muy gráfica: "Para educar a un niño se necesita a toda la tribu".

Bibliografía

- Álava Reyes MJ. El no también ayuda a crecer. Madrid: La Esfera Psicológica; 2004.
- Briggs DC. El niño feliz, su clave psicológica. Barcelona: Gedisa; 2000.
- Burrucco Arjona J. Primeros vínculos (en la

vida y en las consultas). Rev Pediatr Aten Primaria. 2002;4:505-14.

- Mayes LC, Cohen D. Guía para entender a tu hijo. Barcelona: Alianza; 2003.
- Michelena M. Un año para toda la vida. Madrid: Temas de hoy; 2002.

